



**Santiago Dimas Aranda**



**Julián Centella**

Tranquera Cué, 1936; post guerra. La violencia desatada en aquella antigua localidad, ausente en el mapa, la habían traído en sus mochilas los sobrevivientes que regresaban con la sangre en los ojos.

Habiendo aprendido a matar por no tener alternativa, aquello, sin embargo, acabó resultándoles tan increíblemente fácil y agradable, que finalmente parecían dispuestos a continuarlo por el resto de sus vidas. Por eso, con la paga que recibieron por tres años de patriótica matanza, se compraron no ropas ni alimentos sino revólveres, y arribaron al terruño exhibiéndolos como si fueran trofeo de la homérica hazaña o envidiables condecoraciones.

Desde entonces, Tranquera Cué y sus adyacencias destacáronse entre los lugares más renombrados por sus continuas balaceras. Milicos improvisados y de oscuras connotaciones, expertos en abusos de toda índole, llegaron todos juntos y de golpe, engrosando peligrosamente la escasa población y conformando allí cierto poder espúreo. Y en ese medio humano harto inhóspito se generó esta historia. Sus protagonistas, además de los ex-combatientes ahídos de belicosidad, fueron aquellos

verídicos héroes de la sufrida retaguardia existencial, en su mayoría ancianos y adolescentes, mujeres y varones atesados de sol en las chacras, gente respetuosa frente a los milicos, aunque no siempre sumisa.

Magdalena, una joven y bonita morena, tenía la mala suerte de ser la más acosada de las muchachas del lugar. Desde el comisario de la vecina Loma Guazú hasta el último sargento de Potrero Rojas, pasando por varios de mayor o menor peligrosidad, [78] competían en procura de sus favores, si bien sin éxito. Tan es así que aquella noche, en aquel memorable baile que don Braulio, su padre, permitió se hiciera en la casa, ella, tal vez buscando romper el acoso de los verdeolivos, dio su palabra de compromiso a Julián Centeno, joven civil bien parecido y trabajador de la tierra, méritos estos no tan ponderables, por cierto, en opinión de los arrogantes uniformados.

Así las cosas, esa noche había de marcar para la pareja el comienzo de un curioso cambio en sus vidas. Julián pensaba que a sus rivales aquello no les haría mucha gracia, pero no llegó a imaginar que lo tomarían tan a la tremenda como sucedió después. Cuando los milicos cayeron en la cuenta de que el muchacho les había ganado el tirón, la ira se les anudó en el gáznate, y no faltó quien profiriera a viva voz la amenaza de vengarse contra él y la dama.

Esa noche, el baile terminó antes de lo previsto porque así lo dispuso el dueño de casa en previsión de algún fatal desenlace. Al retirarse los músicos, también se fueron los invitados. Julián se despidió de su prometida con un discreto beso, y ya con el pie en el estribo, le dijo en susurrante guaraní:

-Hacia el alba, te traeré una serenata.

Magdalena aceptó con un gracioso mohín. Él partió y ella entró a la casa pensando. Se daba cuenta de que esa serenata, además de precipitar la relación entre ambos, había de causar un largo reconcomio en la vecindad, la cual parecía no perdonarle su mejor apariencia personal ni el hecho de que ella tuviera su casa siempre tan limpiita y adornada de flores. Las demás muchachas, lejos de emularla, vivían en el abandono, unas por suma pobreza, otras por desidia. A Magdalena no le importaba tanto el murmurio hostil de sus vecinas como el posible saldo positivo de aquella serenata. «Candidato que empieza con música siempre acaba casándose», dijo para sí, contenta, y se fue a la cama.

A la madrugada, su sorpresa fue tanta que debió levantarse [79] y espiar por la ventana para creer lo que oía. No una serenata estaba presente allí, sino dos. Era que el pretendiente más contrariado por la decisión de Magdalena, un sargento de Potrero Rojas, convecino de Julián, se había armado de gran coraje, yéndose a despertar a un trío de músicos, y conducirlo casi a la fuerza hasta la casa de su pretendida, en la esperanza de convencerla con la ayuda de las polcas. Pero, cuánta había de ser su decepción cuando, a su llegada, ya los músicos de Julián Centeno iniciaban su melódica ofrenda. ¡Vaya crucial encuentro! El sargento no podía echarse atrás sin sentirse tristemente derrotado. Ordenó a sus músicos entrar en acción apenas finalice la pieza que se veían forzados a escuchar. Y así, ambos grupos sucedieron una y otra vez en ejecuciones, hasta que Magdalena, dándose cuenta que aquello amenazaba no tener fin, resolvió intervenir, apareciendo en el patio a la luz de una hermosa luna campesina. Julián Centeno y su oponente se dispusieron a recibirla. Y un instante de crítico

suspenso se produjo. Pero la muchacha, decidida a dar un corte al contrapunto, claramente pronunció el nombre de su elegido, a quien dirigía las «muchas gracias». Y el otro, sin nada más que hacer allí, giró su cabalgadura y se retiró gruñendo, seguido de sus hombres. Al borde del boscoso Yhacaguazú, riacho distante media legua de Potrero Rojas, el milico sofrenó su montado. Sin mucho esfuerzo, logró que sus músicos le ayudaran a tender allí una celada. Julián Centeno debía pasar por ese lugar, y no tardarían en hacerlo. Concluido el trabajo -pensaba para sí el sargento-, arrojaría los despojos al agua, y las pirañas harían el resto. En contados minutos, nada quedaría de aquel que le estaba haciendo sombra. Sin embargo, no siempre las malas ideas logran un final feliz. Así fue que un presentimiento indujo a Centeno a preferir cierto prudente atajo. Cabalgaría tres leguas en vez de dos, pero evitaría la posible emboscada. Días más tarde pudo comprobar que, efectivamente, la intentona había tenido lugar. Habladurías de los mismos participantes en ella lo hicieron saber. [80]

Y bien, esa noche nada grave había sucedido, pero, en la atmósfera, quedó tensa la amenaza contra Centeno y su agreste romance. Magdalena alertó al padre acerca de la situación creada. Don Braulio visitó al comisario local, que por feliz excepción era un civil proveniente de tiempos anteriores y se llamaba Cástulo Sosa. Informóle sobre el caso, y el viejo Cástulo, que conocía al visitante y su familia tanto como a Centeno, le prometió su intervención ante cualquier emergencia. Julián, por su parte, decidió precautelarse. Entre otras prevenciones, vendió un caballo y se compró un Smith y Wasson novísimo y refulgente. Entre tanto, aún bajo las constantes amenazas, continuaba sus visitas a la prometida. El sargento buscó la amistad y el respaldo de un tal Pánfilo Giménez, señor de la violencia, teniente por méritos de guerra y comisario de la ya mencionada Loma Guazú, que compartiera el desaire de la linda Magdalena.

Centeno había dejado de frecuentar las fiestas, evitando de ese modo cualquier enfrentamiento con aquel que se consideraba su enemigo. Pero, a pesar de los cuidados, en cierto cruce inevitable, toparon frente a frente.

-Así que vos sos el mita-í que quiere acaparar a Magdalena -comenzó el sargento con sorna-, pero esa mujer ha de ser para este cuimba-é que probó sus agallas en el Chaco.

-Eso habías que decirle a la dama. Ella es la que decide a quien quiere pertenecer - contestó con calma el joven Centeno-. Y, por si acaso te desprecia, no pierdas el tiempo encaprichándote por ella. Mujeres hay muchas... para elegir. Búscate otra y listo.

-Ya estás avisado. Mita-í -insistió el otro-. Mejor dejás la cancha libre si no querés que vean viuda a Magdalena.

-Así no habla un hombre derecho, Sargento -replicó aún Centeno-; te puede traer mala suerte. Yo no pienso dejar a la muchacha ni ahora ni nunca.

Picando los ijares para alejarse, todavía el sargento gruñó:

-Eso veremos. En el próximo encuentro, el que vive se quedará con ella. [81]

Y pasaron los días. En casa de Magdalena no se hablaba de otra cosa. Los padres estaban a punto de presentar una acusación formal contra el sargento por amenaza de muerte. Los detenía Centeno, quien sostenía que eso aumentaría el encono de los

milicos.

A poco, una pariente de Magdalena que vivía en Potrero Rojas, invitó a la familia para su boda. La asistencia resultaba de rigor por tratarse de alguien que mucho estimaban. Don Braulio preparó tres buenos caballos. Los bañó, los rasqueteó y los sometió a dieta de adelgazamiento. Llegado el día, los ensilló. Debajo del sobrepuesto del montado que era para él, colocó disimuladamente un recortado, su arma predilecta.

Eran las diez de un bello sábado cuando el cortejo de jinetes dejó la iglesia de Ñumí, la más próxima, de regreso a Potrero Rojas. Todos lucían sedas, algunos, cachemires, y unos pocos, charol. Los hombres arrojaban salvas y emprendían carreras persiguiendo limetas de aguardiente en riesgosas competencias de arrojo y destreza. Los caballos se entornaban y empinaban en cabriolas y vistosos esguinces festejados con gritos y estruendos.

Ínterin, en la casa de la novia, sobre una larga fogata metida en tierra, se doraban lentamente las carnes a la estaca. Y sobre mesas tendidas a la sombra de los laureles negros se distribuían los cubiertos y botellones de vino, todo ello comprado con el producto de la última cosecha de algodón.

A las doce en punto del mediodía, los novios se apearon. Estallaron los últimos cohetes del cortejo, arrancó la orquesta e irrumpió el vals con sus aires de buenos augurios, tal la costumbre venida del ancestro. Los sones del arpa, las guitarras y el bandoneón daban el condimento especial a una alegría que prometía prolongarse por lo menos hasta el alba del día siguiente. Los invitados comieron, bebieron el contenido de varias damajuanas, y el baile arreció. Mientras, desde atrás del alambrado, rompiendo la timidez que impone la pobreza, los no invitados de siempre, los [82] rotosos entenados de la tierra, tendían bolsos y latas vacías en procura de la condigna sobra. Los elegantes invitados bailaban en los corredores y debajo de los árboles. A los vinos sucedían mistelas. Y ya todos se veían un tanto mareados. Afuera del alambrado, gritos y súplicas de una muchedumbre que crecía, en su mayoría huérfanos, resacas de la guerra.

Una temperatura ideal, de entrada de primavera, daba su toque propicio para que la fiesta cobrase cabal dinamismo. Al anochecer, los faroles entraron a destellar y la música ganó nuevos bríos bajo el influjo de la luz y el relente.

Y llegó la medianoche. De repente, los acordes del «Chopí» vibraron en los ámbitos de la casa, e inmediatamente, en la cancha que abrió la concurrencia, ahora compuesta más de infiltrados que de invitados, diez parejas se alistaron.

Un vozarrón resonó de pronto, y echaron a volar polleras y pañuelos, y sacudieron la atmósfera zapateos y batir de palmas. El bullicio se agolpó en torno a los danzarines. La excitación encendió los rostros ansiosos por ver quién mejor hacía su papel. Y allí avanzó briosa la mejor pareja, cuando en medio de la algazara, alguien bastante borracho y colado en la fiesta, en quien de inmediato reconocieron al sargento, intentó separar a los bailarines más calificados que resultaron ser Magdalena y Centeno. Pero éste reaccionó con violencia y rechazó al intruso. Intervinieron entonces varios contertulios y lo alejaron de la fiesta. Los ánimos se calmaron, aunque la danza se había interrumpido, y quedaba en el ambiente una sensación de intranquilidad que causó la retirada de numerosos invitados. Los improperios y amenazas escuchados durante el

incidente enfriaron el entusiasmo. En pocos minutos, el baile había terminado.

De vuelta a la casa, la pareja y miembros de la familia comentaban preocupados el suceso. Don Braulio, terciando en la conversación, aseveró:

-A ese individuo hay que ponerle freno. [83]

-Deje eso a mi cargo -repuso Centeno-. Yo sé cómo se hace.

Centeno, casi adolescente, aparentaba asaz pacífico. De voz baja y tímidos gestos, aunque muy expresivos, no gastaba palabra de más. Parecía medir lo que decía. Por eso, todos quedaron callados al oírlo. A su manera, estaba prometiendo poner freno al sujeto más agresivo de leguas a la redonda.

Días más tarde, un martes, poco propicio para la buena suerte, cabalgaba rumbo a la casa de Magdalena. Pensando en ella y algo distraído, pasó frente a la vivienda del sargento. Éste lo vio y profirió en voz alta:

-¡Carajo!

Y quedó mirándolo. Centeno lo saludó con naturalidad.

-Buen día -le dijo-. ¿Cómo está, Sargento?

-¿Cómo estoy? Como guste y donde quiera -le replicó.

Adrede, malinterpretaba el saludo, tal vez pensando que Centeno caería en la provocación. Pero éste guardó silencio y continuó su camino. Pocos minutos después, ya llegando a los montes del Yhacaguazú, sintió el traqueteo de varios de a caballo que venían tras él. Palpó el revolver como asegurándose de su compañía, buscó un sitio apropiado, desvió del camino y se apostó. Era ése un monte alto y espeso. Sus seguidores pasaron de largo sin verlo. Eran el sargento y cinco más. Dejó que anduvieran algún trecho y se largó tras ellos. Al dejar el monte vio que tomaban rumbo directo hacia la casa de Magdalena. Centeno pensó que aquellos sujetos bien podrían cometer una tropelía. Tomó por un atajo y apresuró la marcha, adelantándoseles considerablemente. Llegó a la casa diciendo:

-Seis tipos vienen hacia acá, con el sargento de Potrero a la cabeza. No sé qué intenciones traerán, pero creo mejor estar preparados.

Condujo su caballo al fondo, lo ató a un árbol y tornó al corredor, donde ya un farol anunciaba el crepúsculo.

-Si notamos que vienen a atacar, tendremos que adelantarnos [84] -le dijo don Braulio con voz pausada, y se levantó de su asiento para ir en busca del recortado-. No hay otro camino -concluyó.

-No creo que vengan a pelear -opinó Centeno-, pero si eso hacen, se llevarán una sorpresa.

En ese momento llegó de visita Juan Ramón, hermano mayor de Magdalena, hombre casado y ex-combatiente de méritos. Sobre la camisa de trabajo lucía una pequeña cruz de hierro. Rápidamente informado del problema, también retiró su caballo hacia el fondo. Cuando volvió, el sargento y sus acompañantes acababan de atropellar la tranquera. Un tiro de máuser sonó en el aire. Lo disparaba don Braulio, presto a luchar. Los advenedizos detuviéronse en línea a unos quince metros de la casa.

-Venimos a llevar a Centeno -farfulló el sargento- para averiguación.

-Yo soy el que buscan -salió diciendo el aludido- pero me entregaré solamente si traen una orden de arresto. Y si no, mejor se van despacito por donde vinieron.

Juan Ramón y don Braulio a su lado, escoltándolo. Los visitantes, sin una palabra de respuesta, sacaron a relucir sus armas. Y entonces, alguien, con rapidez de rayo, disparó cinco tiros, impactando en tres de las manos armadas y en los brazos de otros dos, que soltaron el arma, mientras el único no afectado huía primero que todos. Detrás, los otros, chorreando sangre, también largáronse a campo traviesa.

Fue desde esa noche que la versión corrida de boca en boca dio notable fama a Julián Centeno. Amigos y enemigos que le atribuían la hazaña de haber desarmado a cinco ex-combatientes con sólo cinco disparos, le endilgaron el apodo «Centella».

Los heridos se presentaron ante Pánfilo Giménez, denunciando a Julián como agresor. Y el comisario anduvo buscándolo durante días por toda la comarca. Donde quiera preguntaba si han visto al sujeto culpable de semejante fechoría, invariablemente le respondían: «Y..., ha de estar en el monte del Alto Paraná; allá pues es el refugio de los malhechores...». [85]

Tonterías. Julián no se había movido del lugar. Vivía protegido por la simpatía de gran parte de los pobladores. Pero una vez, cierto lenguaraz -que nunca falta alguno-, preguntado si había visto al prófugo, contestó que sí, que en varias ocasiones, en la casa de Magdalena.

Y a la noche de ese mismo día, el tal Comisario Giménez, varios agentes, el sargento y un agregado más, sorpresivamente se presentaron en momentos en que la familia se disponía a cenar. Don Braulio invitó al comisario a apearse. Mas éste, de mal talante, contestó:

-No venimos para cenar, don. Venimos por Julián Centeno. Vamos a desplumar al gallito ese para que se deje de hacer el chusco.

Don Braulio no tuvo tiempo de hablar. Se le adelantó Julián en persona, dando unos pasos al frente.

-Pancho Giménez -dijo-, discúlpeme, pero usted no me va atropellar y llevar como a un animal. Si viene a tratar conmigo en son de paz, no tendrá problema. Pero así, ¡claro que lo va a tener! Mande a sus capangas que se vayan de aquí si quiere tratar conmigo.

Los referidos, un tanto agazapados hasta entonces, surgieron de la oscuridad disparando. Fue cuando una voz tronante prorrumpió:

-¡Altooo!

Era la de Cástulo Sosa, que aparecía con sus agentes por un flanco de la casa. Rondaba los alrededores en previsión de lo que precisamente estaba aconteciendo. Al escuchar voces furibundas y ver gente rara invadiendo, avanzó a la carga. Su voz paralizó el ataque.

-Ustedes están en mi jurisdicción -dijo-. Así que, ¡manos arriba, todos!

El sargento desobedeció la orden, abrió fuego e hirió al dueño de casa. Fue la chispa que desencadenó la refriega. Cinco hombres resultaron muertos, entre ellos el comisario Giménez y el [86] sargento. La herida que recibió don Braulio no era de gravedad, tanto que pudo continuar disparando. Centeno, luego de atenderlo, llevándolo alzado hasta el interior de la casa, se largó en seguimiento de los fugitivos, acompañando a Cástulo Sosa y sus agentes. Todos los participantes del atropello fueron muertos o aprehendidos. Y concluido el trabajo, Cástulo encaró a Julián, diciéndole:

-Le felicito, che ra-y, por su acción decidida y valiente. Sin usted no hubiera podido resolver el problema. Yo, personalmente, le agradezco. Pero hay otros que no le van a perdonar. Y, creo yo, que antes que vivir matando y tener que afrontar la cárcel, mejor es que se vaya por un tiempo. En diez años más o menos, las cosas suelen olvidarse. Váyase a la Argentina o al Brasil. En fin, usted sabrá.

Julián Centeno se detuvo pensando: «Diez años es mucho tiempo». No quería perder a Magdalena. Y no pudiendo casarse legalmente con ella por temor a ser apresado, resolvió proponerle huir juntos y casarse después. Así, entre el susurro de las hojas mecidas por una brisa de media noche, se lo dijo. Y ella, aunque dolorida, contestó:

-Sí, me iré contigo.

Y esa misma noche, con ella montada en ancas, abrióse paso entre las brumas con rumbo desconocido. Desde entonces, nadie volvió a tener noticias de la pareja. Sus nombres entraron en la leyenda y continúan en ella pese a los muchos años

△ ▽

## **Pena perpetua**

En cierto país increíble vivía Domingo Franco, un joven admirable. Habiendo terminado el bachillerato con promedios excelentes, viose ante el obvio propósito de elegir carrera. Si por él hubiese sido, se haría ingeniero. Deseaba ser útil y realizar obras de relevancia. La madre, doña Jacinta, por su parte, soñaba con un hijo doctor. Pero el padre, que no ocultaba su incurable fervor castrense, logró imponer su opción. Don Alejandro, coronel retirado y muy amigo del jefe de policía, ex-camarada suyo, gestionó



y obtuvo, con la ayuda de éste, una plaza para el hijo en la academia militar. Así comenzó la triste historia del que luego fuera Alférez Franco, nombre muy difundido después por los periódicos del país y del extranjero debido a un extraño sino nunca del todo aclarado. La versión más coherente de lo acontecido con él parecía ser la de la propia madre, quien solía narrarla hasta donde podía, antes de verse ahogada por los sollozos.

Ya en la academia, Domingo Franco había pasado a pertenecer a un grupo selecto encabezado por el instructor gimnástico, capitán Bertolino. Por su aplicación y buen comportamiento, se hizo merecedor de cierto grado de amistad brindándole por el superior. A él le confiaba el capitán cualquier trabajo o misión de alguna importancia. Y solamente a él lo enviaba a su domicilio por menesteres particulares, mostrándole de esa manera una significativa confianza. En la casa estaba la joven esposa, conversadora y muy atractiva, y estaba la pequeña hija, traviesa y cariñosa, sumándose ambas a las motivaciones del alférez, que encontraba ese ambiente sumamente grato.

El país, por entonces, vivía una suerte de estabilidad basada [90] en las armas, con todas las actividades políticas y culturales reducidas a lo mínimo. La época de los sucesivos golpes de estado que le había dado notoriedad, estaba superada. El régimen vigente, producto del último y más drástico golpe, era en extremo celoso de la seguridad, y se mostraba muy proclive al mandoble contra quienes osaran amenazar tan sólo un ápice de su poder absoluto.

Al anoecer de un miércoles santo, comienzo de una larga festividad, Domingo llegó a la casa visiblemente exhausto. No había podido cumplir con la tarea que le encomendara el capitán Bertolino por no encontrar a la persona indicada pese al empeño puesto en buscarla, decidiendo entonces retirarse a dormir unas horas y luego volver al intento. Demás está señalar cuán delicada sería la tarea.

Su comportamiento causó extrañeza en su casa. Cuando llegaba, el muchacho acostumbraba pasearse por el amplio patio arbolado, como buscando reencontrarse consigo mismo. Contemplaba las estrellas detenidamente como reconociéndolas, y se llenaba los pulmones con el aire puro y aromado del agreste ambiente. Luego de tomarse un baño, cenaba y poníase a leer un par de horas antes de dormir. Esa vez, en cambio, llegó y se metió en la cama. Doña Jacinta lo observaba. El silencio del hijo le dolía. ¿Cuál sería el drama que empezaba a vivir? Difícilmente había de conformarse con ver cambiado a su soñado doctor por un adusto militar más en la familia.

Acomodaba las ropas del hijo dormido abandonadas en una silla cuando, imprevistamente, topó con un sobre asegurado con alfileres de gancho en el bolsillo interior de la chaqueta, resultándole aquello asaz llamativo. Y llevada de una desmedida suspicacia, propia del clima familiar de los uniformados de aquel país, no pudo pasar por alto el hallazgo, y se las arregló para abrir la carta sin destruir el sobre. «Total, pensó, lo dejaría después como estaba». Pero, poniéndose a leerla, le fue imposible entender el contenido. La misiva estaba escrita en clave y firmada con seudónimo. [91] «¡Bah! Tal vez sea cualquier cosa y no lo que estoy pensando», se dijo llena de dudas. A punto de cerrar la carta y volverla a su sitio, lo reconsideró: «Es que..., una carta cualquiera no se asegura con alfileres de gancho en el fondo de un bolsillo interior». Tal vez, al ser el portador, su hijo estaría corriendo un grave peligro. Tal vez... hasta pudieran matarlo. Mejor era mostrársela a su marido. Él sabrá cómo proceder para



salvaguada del muchacho. Y así, con la mejor de las intenciones, fue a buscarlo.

-Mira esto -le dijo con la inocultable intriga en el rostro.

Don Alejandro, tras el primer susto, abrió la carta y la analizó con la lupa del miedo reforzado por su absoluta lealtad al gobernante. Y al no poder descifrar ni una coma del texto, pensó un instante y resolvió ir a lo seguro. De inmediato, mientras el hijo todavía estaba dormido, llevará la carta a su amigo de mayor confianza, don Benigno Santacruz, el jefe de policía.

-Debemos evitar que compliquen a Domingo en alguna sucia conspiración -dijo a su esposa-. Una vez todo aclarado, desde luego, te devolveré la carta, y tú la pondrás de vuelta donde corresponde. Y no pasará nada. Quédate tranquila.

Ella, contrariamente, entró a dudar aún más y a ponerse nerviosa. ¿No habría cometido una irreparable imprudencia?

Eran las ocho de la noche cuando sonó el teléfono en la casa del coronel Santacruz. Acababa éste de llegar del despacho. Atendió personalmente.

-¡Hola! ¡Caramba! ¡Qué sorpresa oír tu voz después de tanto tiempo! ¿A qué se debe, mi gran amigo y correligionario?

-Necesito verte con urgencia. ¿Podrías recibirme ahora mismo?

-Uhm, bueno, puedes venir. Tomaremos un trago por Semana Santa... Te espero.

Cortó. Don Alejandro corrió hasta la parada de taxis. Felizmente había uno que todavía esperaba pasajeros. Al dar la dirección al conductor, notó que éste lo espiaba intrigado por el [92] retrovisor. Por cierto, la dirección le resultaba conocida. Por decir algo, don Alejandro comentó:

-Es sólo una visita de cortesía. El jefe es mi amigo. Me ofrece un trago por Semana Santa.

El conductor, por toda respuesta, volvió a mirarlo por el retrovisor.

Y bien, llegaron. El anfitrión estaba en la puerta. Había doble guardia. Previo apretón de manos y grandes frases de circunstancia, se apresuró a preguntar:

-¿Y mi recomendado? ¿Cómo anda en el estudio?

-Bien, bien -contestó el visitante, obviando la gentileza-. A propósito de él, esta noche le está pasando algo extraño. Apenas llegó a casa, se metió en la cama, cosa que nunca había hecho. Se le notaba cansado y preocupado... -y le narró la forma en que le fue hallada la carta que ahora traía y que él reputaba sospechosa-. Yo no la puedo interpretar debidamente -le dijo- y necesito tu ayuda. Por eso vengo a molestarte tan a deshora.

Don Alejandro hablaba precipitadamente, evidenciando su grave preocupación. El jefe

de policía tomó la carta y, antes de leerla, miró escrutadoramente al amigo.

-No pierdas la calma -le dijo-. No creo que tu muchacho se meta en problemas.

Comenzó a leer deletreando. Al llegar al tercer párrafo, volvió atrás y comenzó de nuevo. Don Alejandro le observaba el semblante, notándolo gradualmente cambiado. De pronto, don Benigno lo miró nervioso y le dijo con gesto de consternación:

-Creo que me equivoqué con tu hijo.

Suspiró y continuó deletreando. La carta era relativamente breve, de menos de una carilla. Al término del texto farfulló alterado:

-Es la tercera vez que aparece este seudónimo. Pero ahora el tipo caerá.

Sin más comentario, tomó el teléfono y llamó a dos de sus guardias personales. [93]

-Ustedes se van con este señor hasta la casa y traen detenido al hijo, el alférez Domingo Franco -les ordenó secamente.

Don Alejandro temblaba. Ya no se despidió. Estaba de más hacerlo. Ya no se trataba del amigo a quien él recurriera buscando ayuda. Aquél sólo era un jerarca policíaco del régimen, renombrado por su ferocidad, en cuyas manos él mismo, coronel Alejandro Franco, entregaba la suerte de su propio hijo. Quería llorar. Y seguramente lloraba, aunque muy adentro, de rabia, de odio a sí mismo, de odio a su imperdonable estulticia.

Sin lugar a dudas, el mensaje era subversivo. Domingo, con seguridad, tendría que confesar quién se lo había entregado y a quién se dirigía. Y suponiendo que se comportara como un entero varón ante las amenazas y se negara a abrir la boca, pues sería torturado. Lo sería hasta que se pusiera a «cantar» o hasta que muriera.

Don Alejandro conocía perfectamente los métodos utilizados por ese sistema del cual fuera irrestricto servidor, sin que nunca se detuviera a pensar que tal vez un día la macabra maquinaria pudiera estrangular a su propio hijo. ¿Qué hacer? ¿Recurrir al ridículo expediente de pedir clemencia para un traidor al gobierno de su genuina parcialidad? Y si no, ¿cómo rescatar a Domingo de ese antro de barbarie donde él mismo lo acababa de arrojar?

Entraron en la casa, levantaron al muchacho de la cama y se lo llevaron. La madre, al verlo en ropas de dormir, metido a empellones en el carro policíaco, se arrancaba los cabellos de consternación. Ella pudo haberlo evitado. Sólo ella, con su sólo silencio. Un minuto de enfermiza suspicacia, de miedo culpable, de miserable obsecuencia, la llevó a proceder como lo hizo, haciendo partícipe a su recalitrante marido.

Domingo, incomunicado y sumido en total desconcierto, no podía imaginar quiénes hicieron posible su caída. Jamás hubiera podido aceptar la idea de que la obsecuencia y el miedo convirtieron a sus padres en miserables entregadores. [94]

Durante tres días sufrió varias crisis cardíacas debidas al alto voltaje de la picana eléctrica. Al cabo de la última y peor descarga, falleció. Minutos antes, ya privado del

dominio de la voluntad, balbuceó algo como «Bertolino». Aún en la inconciencia, bastó una palabra para condenar al amigo.

La mala suerte del capitán no fue tanta, sin embargo, como la del subalterno. Ya en prisión, amén de los tormentos imprescindibles, fue obligado a transportar a cuestas el cadáver de Domingo Franco hasta cierto malezal de extramuros, y colgarlo allí, de un árbol, dejando sus huellas digitales en el cuerpo y la ropa del occiso. De ahí en más, el capitán Bertolino pasaba a ser el indiscutible ahorcador del alférez. Pero esa acusación no venía sola. Además de confirmarla, Bertolino debía confesar a quién iba destinada la muy subversiva carta. Y como nadie había logrado descifrarla debidamente, tenía que hacerlo él. Por cierto, estas cuestiones continuarían exigiendo la intervención de la picana eléctrica, la pileta con excrementos y todo lo demás. Y sus respuestas a esas interrogantes eran tan fundamentales como necesaria su verbal y literal confesión reconociéndose asesino del alférez. Sin embargo, un hecho insólito vino a complicar el curso de la tramoya. El capitán se volvió de golpe mudo. Su silencio se hizo total pese a todos los tormentos. Su mirada fija en un solo punto era la de alguien que había perdido la razón. Sus torturadores no lo mataban, aunque ganas no les faltaban. Pero la orden de mantenerlo con vida era rotunda. Tarde o temprano tenía que confesar y así salvar la muy dudosa reputación del régimen, ya que las noticias trascendían y se filtraban al dominio público. Pasaron luego un par de meses, y en vista de la mudez incommovible del sujeto, la superioridad se vio forzada a ordenar la incomunicación en un hermético calabozo, más tumba que prisión, para ser sometido quizás indefinidamente a nuevos y brutales interrogatorios.

Los rumores crecieron en las calles a pesar del terror. Entonces, antes de que el descrédito desbordara y provocara denuncias [95] internacionales, el juicio arrancó. Inmediatamente, el juez de la causa dispuso el nombramiento de un defensor para el reo, formalidad necesaria dadas las circunstancias. Curiosamente, la designación recayó en el más modesto y silencioso miembro del gremio forense.

Todo se tramitaba por escrito. Sólo por escrito. El juicio oral había sido proscripto, el poder judicial sólo era poder de nombre, y el otro poder, el legislativo, ni siquiera de nombre. El fiscal acusador presentó su libelo: «Vistos los abundantes testimonios arrojados por la investigación policial, resulta por demás evidente que el acusado Fausto Bertolino ha cometido asesinato en primer grado contra el alférez Domingo Franco. De ello son pruebas irrefutables las numerosas huellas dactilares encontradas en las ropas y en el cuerpo del occiso, las que coinciden íntegramente con las impresiones del acusado, según prontuario obrante en el departamento de identificaciones de la policía. También son pruebas, entre otras muchas, la facilidad y perfección con que el acusado reconstruyó su propio crimen, y la inhumana sangre fría demostrada al hacerlo, todo lo cual se halla debidamente documentado.

»Las motivaciones del homicida fueron dos: 1) Domingo Franco mantenía frecuentes relaciones sexuales con la esposa de Fausto Bertolino, en su propia casa, hecho del cual éste se enteró por boca de los vecinos. 2) Domingo Franco, siendo portador de una carta sumamente confidencial dirigida a otro camarada, hizo posible que ella cayera en manos de la policía. La carta contenía instrucciones para una acción subversiva a producirse en breve plazo. Felizmente, la misiva cayó y se pudo impedir el golpe.

»Ambos motivos indujeron al sujeto Bertolino a vengarse de Domingo Franco,

ultimándolo en la forma que es de público conocimiento.

»Por todo lo expuesto, y en reparación de tan alevoso crimen, frío y premeditado, que lesiona todos los principios y leyes de [96] convivencia social, así como los altos preceptos éticos y morales del ejército nacional, el Estado y las FF. AA., por mi intermedio, solicita a ese Honorable Tribunal, la aplicación, al reo Fausto Bertolino, de la pena de muerte por fusilamiento, conforme a lo determinado por el código penal militar...».

Días más tarde, el defensor diose por enterado del libelo, y a su turno contestó el escrito de la siguiente manera: «Considero justa la preocupación del señor Fiscal Acusador en lo referente a la salvaguarda de los principios y leyes de convivencia social, así como de los altos preceptos éticos y morales del ejército nacional, pero disiento y me opongo al pedido extemporáneo de la máxima pena para mi defendido, sin previa declaración indagatoria ni comparecencia alguna ante los jueces, negándosele de ese modo el derecho a deponer en su descargo. Y disiento, además, en que con solamente los testimonios de la policía, se dé por concluida la investigación de un caso tan delicado, que involucra no sólo al occiso y al supuesto asesino, pudiendo ser partícipes los familiares de cada uno de ellos y la propia policía. No se puede proceder a la condena de un hombre cuya única probable culpa es, hasta ahora, la de haber conspirado contra el gobierno, delito político, para cuyo castigo no existe una clara jurisprudencia».

Hasta aquí leyó el juez de la causa el escrito presentado por la defensa, y al encontrarlo desfavorable a la condena, lo desechó por ofensivo y ajeno a las normas jurídicas militares.

El juicio quedó en suspenso. El defensor fue intimado a renunciar, y seguidamente detenido y confinado.

En aquel extraño país, los sucesos más horribles solían quedar cubiertos a través del tiempo, por la tolvanera de otros peores. En el presente caso, los medios de comunicación se hicieron eco del oscuro asunto durante un corto lapso, hasta que otras novedades atrocemente parecidas echaron su sombra sobre el drama de la familia Franco. La madre de Domingo, entre bisbiseos temblorosos, refería lo sucedido hasta donde los sofocos le permitían. [97] Nunca dejó de inculparse. El esposo, por su parte, murió intoxicado de silencio. Desde la desgracia, nunca más habló, hasta su muerte. El silencio fue en él una forma de gritar, denunciar, condenar y condenarse.

Un día, cuando ya nadie se acordaba de Bertolino, los diarios lo salvaron del olvido total. Por una gracia del superior gobierno, se lo eximía de la pena máxima, siendo condenado solamente a cadena perpetua.

Tal como dijéramos al comienzo, el capitán era casado y tenía una hija pequeña. Dada la confianza depositada en el alférez Franco, éste era ocupado a su domicilio con frecuencia, dando lugar a que recibiera muestra de aprecio y simpatía por parte de la mujer. Los vecinos, que lo veían introducirse en la casa en ausencia del marido, dieron razón de ello, tal cual lo vieron e imaginaron, cuando la policía indagó en busca de elementos que enriquecieran la trama argumental de la acusación. Y fue aquél un testimonio probatorio más, de gran utilidad para el señor Fiscal.

La sentencia se produjo inesperadamente. Ya el reo no tenía defensor (porque todo eso puede darse en un país tan extraño como aquél). Pero aún así, la condena no llegó a la máxima solicitada por el acusador. Bastaba con que Bertolino fuera excluido del contacto con la sociedad. Por eso, su reclusión continuó en el mismo hermético calabozo.

Y el tiempo pasó. Cierta día de diciembre, la corta familia Bertolino amaneció de fiesta. La hija del capitán cumplía veinte años, y la fecha coincidía con su colación de grados. Ese día, al atardecer, había de recibir su título de maestra de manos del «Señor Presidente», invitado para la grata entrega. E informado el mandatario, gracias a los periódicos, de que la maestra mejor egresada, además de recibir su diploma de honor y el título, ese día festejaba su cumpleaños, mandó a encargarse de prisa su presente para ella. Mas, cuánta sería la sorpresa cuando, en el momento de la entrega, la sobresaliente nueva educadora, digna de admiración y encomio, le rechazaba el obsequio, diciéndole: [98]

-No, señor Presidente. El único obsequio que recibiría de usted de todo corazón sería la libertad de mi padre.

-¿Su padre?

-Sí, señor; el capitán Bertolino, aquél a quien usted, tan injustamente mandó sepultar de por vida, en un negro calabozo, hace diez y seis años.

El presidente, lleno de estupor, se retiró del acto, buscando a quien culpar por no haberle avisado. Y, lejos de conceder a la brillante egresada la gracia que le pedía, ordenó la vigilaran estrechamente.

Huelga decir que a la Bertolino jamás le dieron cargo alguno en escuelas públicas. Entre tanto, el padre continuaba en total encierro, siendo en el país el único preso a perpetuidad. Sin embargo, se cree que la petición de la hija afectó, aún ínfimamente, la conciencia del presidente ya que, pasado un corto tiempo, al condenado se le redujo la pena a veinticinco años. Vivía sin ver la luz, y se había vuelto blanco como un papel. Lo manifestó la madre, a quien le permitieron visitarlo por única vez, al cumplir veinte años de prisión.

La noticia trascendió. Los comentarios menudearon. Un médico amigo que visitó a la madre hizo su deducción: Si Bertolino estaba blanco como un papel, era porque alguna grave enfermedad lo aquejaba. Entonces, no viviría cinco años más para verse libre.

En tal caso, los cálculos de sus punidores no estaban errados. En la práctica, la pena continuaba siendo perpetua. [99]

△ ▽

## Un golpe del destino

*(Cualquier coincidencia no es pura casualidad)*

Enero veintiuno del año de la desgracia. Medianoche. Marcos, el enlace que debía traer las instrucciones para nuestro acoplamiento al contragolpe, no llegaba.

Esa madrugada, el general presidente sería depuesto por un levantamiento cívico-militar, y el país recuperaría el proceso institucional desarticulado por un cuartelazo. Además de algunas unidades uniformadas, toda la oposición política, fuera de ley desde el día trece, estaba comprometida. Nuestro grupo, románticamente activo pero inerme, era una pequeña parte de ella.

Aguardando la comunicación, permanecimos concentrados en una dependencia de la vieja casa de los Paiva, sobre la calle Gaboto, hasta la hora previamente acordada, pasada la cual y considerando perdido el contacto, nos retiramos. Y entonces, habiendo llegado apenas a la primera bocacalle fuimos atacados a mansalva por una brigada de «guiones rojos», suerte de maleantes fascistas al servicio de la dictadura. El encargado de nuestro grupo, un estudiante universitario de apellido Cabrera, cayó frente a mí. Quise ayudarlo, pero una lluvia de golpes asesinos me dejó fuera de acción. Hasta donde tuve conciencia, todavía me golpeaban.

Al alba, alguien que jamás pude saber quién fue, pasó por la calle conduciendo un carro de mulas. Se supone que provenía de la Chacarita, y que al toparse con los cuerpos allí despatarrados, notó que uno de ellos daba señales de vida. Lo alzó en el carro y lo llevó. Según el portonero del hospital de Clínicas, de aquel entonces, ni bien el carrero dejó al herido en la entrada, se marchó de prisa. Y según los camilleros, el médico de guardia les ordenó [100] condujeran al infeliz a la sala X, donde, conforme refieren, continuó inconsciente por varios días. El infeliz era yo.

Cuando recuperé la razón, me encontré inmovilizado dentro de un mameluco de yeso, tirado en un camastro de cuya cabecera colgaba el número seis. Apenas pude hablar, pregunté a mis adláteres qué lugar era ése, si había llegado allí solo o con otros compañeros. Nadie me pudo contestar al respecto. Era imposible averiguar quién era quién entre el revoltijo de semi-cadáveres que allí se pudrían. Traté entonces de olvidar el tema concentrándome en mi maltrecha humanidad. En esos momentos me percaté que tenía un acordeón en el pulmón izquierdo; en el derecho, unas cosas como astillas que lo atravesaban. Pensé que serían costillas rotas. Fue cuando sentí el sigiloso paso de una monja, la encargada de la sala. La llamé como pude. Le supliqué me consiguiera un calmante. Me lo trajo, lo tragué y al rato me quedé dormido.

Días más tarde -no sé cuántos-, quizá llegado al diagnóstico, fui puesto en una ambulancia con destino desconocido. El traqueteo del vehículo sanitario había de quedármeme en los huesos por varias semanas. Al cabo del paseo, me vi llegando a un lujoso hospital, el Bella Vista, recién inaugurado gracias a un programa de penetración norteamericano. Me acomodaron en el extremo posterior de la galería más larga que en mi vida había visto, en una flamante cama reclinable. Todo allí olía a barniz. Un comedido vecino de aposento me prestó su ejemplar de «La Tribuna». Y fue leyendo ese diario que pude enterarme -peor es nunca- del motivo que impidió a nuestro enlace volver a la casa de los Paiva. Marcos aparecía en un suelto acusado de activar con los comunistas en contra del gobierno constituido. Descubierto el plan de contragolpe por denuncia de soplones, todos los implicados habían sido detenidos de inmediato, incluso nuestro enlace, quien, duramente golpeado, no tardó en dar nombres, direcciones y todo



lo demás. Así cayeron uno por uno los grupos involucrados. A nosotros, al encontrarnos en la calle, sencillamente nos masacraron. [101]

Durante mi primer día en Bella Vista, recibí una agradable sorpresa: la visita de mi madre. Enterada de mi situación por medios que ignoro, viajó desde Villarrica para verme. Fue a mi pensión, tomó mis ropas, mis papeles, y salió a buscarme. Estuvo primeramente en el Clínicas, y de allá la enviaban. Me abrazó llorosa. Pero su angustia de madre pronto halló el conducto por donde volver a cierta alegría. Yo no estaba muerto como al principio había creído. Y si bien me veía grave, su esperanza de que me volviera a curar era más fuerte que el sufrimiento.

Al día siguiente me quitaron el yeso para someterme a estudios radiológicos. Ahora el tema era pulmones, y el yeso se hacía innecesario. Yo, por mi parte, me congratulaba de ello, ya que aquel mameluco resultaba sumamente molesto debido al calor y a las picazones que producía.

Un mes después estaba convaleciente de mi primera operación. Libre de costillas rotas, empero, el pulmón izquierdo seguía molestando. Una mañana, el director de la sala, haciendo su recorrida, se detuvo frente a mi cama.

-A ver, mueva las piernas -me dijo.

Lo intenté, pero el dolor me obligó a desistir. Luego supe que tenía problemas en la columna. Sin embargo, una parte de mi salud mostraba evidente mejoría: la espiritual. Ilusión y optimismo estaban nuevamente en función. Con mis brazos no tenía dificultades. Podía asearme, tomar los alimentos y sujetar un libro. Demasiado, dadas las circunstancias. Comencé a leer con avidez. Como descanso, escribía. Era una forma casi inconsciente de evitar cualquier indicio de depresión. Mis escritos combatían el pesimismo, aunque a veces revelaran una enorme tristeza. Pero de cualquier manera, sentía que me ayudaban. Cantaba a la libertad, aunque ella estuviera entre rejas. Cantaba a sus defensores, aunque estuvieran muertos.

Marzo, 20. Amanecía. Desde mi cama, ubicada siempre en el extremo posterior de la alta galería de Bella Vista, vi de pronto [102] arder a lo lejos los primeros fuegos de artificio revolucionarios en un ataque a la caballería -lo confirmé después- realizado por pilotos que huían con sus máquinas para plegarse a las fuerzas insurrectas concentradas en algún lugar del país. Las acciones habrían comenzado. Ese mismo día, los internados que tenían un receptor pudieron captar la característica de «La Voz de la Victoria», emisora que decía transmitir desde la base revolucionaria de Concepción. ¡Aleluya! Desde ahora podíamos seguir paso a paso el desarrollo de la lucha armada contra la dictadura. Salvo unos pocos, todos estábamos contentos y compartíamos la esperanza de conquistar la democracia.

Al comienzo, sólo las unidades de Concepción y Chaco estaban sublevadas. Luego fueron sumándose grupos de civiles con gran fervor combativo llegados desde todos los puntos del país y aún del extranjero. De todo ello nos informábamos detalladamente gracias a esa «Voz» que diariamente nos alegraba desde el alba.

Al mes se sublevó la Marina. Sus instalaciones, en plena ciudad fuera de toda lógica, estaban rodeadas de un denso vecindario. Según se pudo saber, el levantamiento



sobrevino como un aborto. Debía coincidir con el arribo de las cañoneras que se encontraban en Buenos Aires reparándose, pero no faltaron «pyragüés» entre los propios marinos, que no vacilaron en delatar a sus camaradas. Cuando efectivos policiales y grupo del «guión rojo» se agolparon en las adyacencias amenazando con invadir la base fluvial, el pronunciamiento previsto se adelantó, llevándose a cabo una acción bastante apresurada y meramente defensiva. Las fuerzas intrusas fueron sin embargo desalojadas de la zona. Pero, para entonces ya tropas de verdeolivo y piezas de mortero entraron al ataque. Durante días y noches fue batido el cuartel de la Marina y, muy desaprensivamente, toda la indefensa población circundante. La orden del gobierno de acabar con la unidad rebelde fue puesta en marcha con una ferocidad que superaba a [103] cualquier otra demostrada por nuestro ejército durante las dos grandes guerras, llegando a una verdadera barbarie.

Poco antes de ese ataque, había sido devuelto al Clínicas, ahora para una intervención a la columna. Una semana después, el hospital quedaba aislado. Atrapado en terreno insurrecto, era constantemente alcanzado por las balas leales. Fue gracias a aquel regreso que pude seguir de cerca los pormenores de una brutal tragedia popular. Todas las salas se abarrotaron de heridos. Yacían en camastros improvisados, en pasillos, corredores y bajo los árboles. Personas de todas las edades, mujeres y hasta niños, sin nada que ver con la contienda, caían abatidos en las calles y en las casas.

Promediando la segunda jornada de balaceras, de pronto apareció en la sala X un hombre que, a juzgar por la voz que trascendía hasta el interior del pabellón, rondaría los cincuenta años. Y, muy afectado a consecuencia -según decía- de explosiones que se habían producido en su domicilio, apenas podía escucharlo desde mi inmovilidad. La gente que lo rodeaba lo llamaba «don José», y muy enfermo como estaba, según pude deducir, traía en brazos a una adolescente en estado grave, clamando a voces le quitaran la hemorragia que la estaba matando.

-¡Mi pobre hija tiene el cuerpo acribillado de esquirlas! -gritaba desesperado-. ¡Se está desangrando! ¡Por amor de Dios, sálvenla!

A la llegada del hombre, ya había trascendido que dos mujeres habían muerto en la casa. Los «guiones», que invadieron el hospital, al ver a don José, cuyos familiares estaban siendo víctimas del ataque gubernista, se dispusieron a fusilarlo inmediatamente contra un muro del pabellón. Por suerte, un médico militar, el doctor Texidó, que prestaba servicio de emergencia en la sala, intervino enérgicamente en favor del afectado, salvándolo del alevoso procedimiento.

Entre tanto, seguían llegando heridos. Los atendían, además [104] del único doctor, estudiantes y enfermeras residentes del mismo hospital. Los de afuera no podían concurrir por temor a las balas.

A poco supe que a la adolescente malherida se la llamaba «Chiquita». Desde la sala contigua, la de varones, sólo podía oír sus quejas, aunque extrañamente, era como si la estuviese viendo.

A la tarde de un pésimo día lunes llegó a visitarme un antiguo amigo de nombre Alberto. Informado de mis tribulaciones a través de mi madre, se abrió paso entre los piqueteros fuertemente armados y vino a verme, trayéndome de regalo una pequeña

radio a pilas. «Para que escuches los informativos», me dijo.

Efectivamente, lo primero que escuché con ese receptor fue un informativo del gobierno que me pareció de muy mala fe. Por ella se atribuía la desgracia de don José a bombas caseras fabricadas por ellos mismos. Reflexioné al respecto lo más objetivamente posible. «Las bombas caseras no arrojan esquirras», me dije. El infundido gubernista sólo perseguiría crear confusión y hostilidad contra la familia afectada, y así encubrir la atrocidad de todos conocida. Consecuentemente, el miedo del pueblo envilecido por la interminable dictadura se encargaría de que los vecinos, amigos y hasta parientes de las víctimas les negaran su apoyo y solidaridad. La propaganda al servicio de la maldad, por alguna extraña razón, suele acabar imponiéndose.

Los marinos, huérfanos de toda asistencia, pudieron sostenerse sólo unos pocos días. Cuando la carga de las fuerzas leales venció la última resistencia, los sobrevivientes optaron por lanzarse al río en pequeños botes o a nado. Las lanchas motorizadas habían partido mucho antes con los jefes y sus familiares a bordo. Los atacantes llegaron hasta la costa, descargando metrallas a mansalva contra los soldados y guardiamarinas que huían o que aún no podían hacerlo y permanecían en la orilla con los brazos en alto en señal de rendición. Los atacantes acabaron con todos.

Paradójicamente, la derrota de la Marina trajo alivio para los internos del Clínicas, si bien aquella derrota implicaría muchos [105] más asesinatos, saqueos, violaciones y apresamientos de opositores. Los internados sólo pensaban en el pronto regreso de los médicos, cuya ausencia había ocasionado numerosas muertes por falta de atención profesional.

A la joven hija de don José, Chiquita, entre tanto, le cupo una suerte especial. Luego de habersele logrado parar la hemorragia, ella se recuperaba. Su juventud y sus ganas de vivir habían hecho posible el milagro. En todo el hospital se hablaba de ella y su familia, con general simpatía y piedad. Gracias a esa actitud de la población hospitalaria, podía yo informarme de su evolución. Salvada la vida, aún debía luchar por salvar las piernas de ser amputadas. La habían trasladado a la sala XI, donde, en breve, también yo iría a parar para ser nuevamente enyesado y operado.

Días más adelante, siendo conducido a rayos X, la camilla que me transportaba acortó camino cruzando por la sala de mujeres. Pedí al camillero parase allí unos minutos. Pregunté a las enfermas quién de ellas se llamaba «Chiquita», y la respuesta no se hizo esperar: «Esa que está en esa cama», me dijeron casi en coro. La miré detenidamente, la congratulé por su mejoría y le deseé lo mejor para su salud y su futuro. Mi emoción, al conocerla, fue confortante. La encontraba mejor aún de lo imaginado.

Esa noche, fortuitamente, pude conocer a dos de sus hermanas. Caminaban al azar, mientras la paciente dormía. Se introdujeron en la sala de varones, pasaron frente a mi cama, e impresionadas quizá por mi padecimiento al verme dentro de un mameluco de yeso, se detuvieron a conversar conmigo. Respondí lo mejor que pude a la cortesía de mis visitantes. El sólo hecho de que se interesaran por mi humanidad doliente me llenaba de reconocimiento.

Desde entonces, aquellas dos muchachas continuaron visitándome. Hablábamos de temas relacionados principalmente con Chiquita, nombre que había ingresado en mi

fantasía y formaba parte de ella. Hablábamos de los altibajos de su salud, del trato que [106] recibía en la sala, donde constantemente aparecía la tosca figura del «pyragüé» con sus absurdas indagaciones. Pronto mis amigas se percataron de mi pasión por la lectura y mi afán por escribir. Empezaron a traerme libros. Yo les retribuía dedicándoles encendidos versos.

Entre tanto, había soportado dos meses más de yeso. Un día, sorpresivamente, debía dejar la sala XI. Varios médicos habían regresado, y la atención se regularizaba. En mi caso, habiendo llegado a la conclusión de que las costillas rotas habían afectado al pulmón izquierdo, y que en esas condiciones era imposible una operación a la columna, nuevamente me fletaron al Bella Vista. Llegué allí en momentos en que los revolucionarios abandonaban sus posiciones sobre la calle Luna, calle del hospital, y se desbandaban víctimas de una derrota entonces inexplicable. Eran los del frente de Concepción, que luego de una marcha victoriosa e incontenible, ahora se desintegraba. Varios combatientes se introdujeron despavoridos en el Bella Vista, simulando enfermedad y suplicando fueran internados. Algunos lo consiguieron. En realidad, lo que buscaban era un refugio. Entre ellos reconocí, no sin estupor, a uno de los compañeros del grupo. Había escapado de la masacre gracias a la oscuridad. Le pregunté si éramos los únicos sobrevivientes de aquel episodio.

-Los únicos -me respondió.

Pude entonces deducir cuántos habían perecido allí. Por él me informé, además, del desentendimiento y pésima organización imperante en las filas revolucionarias, pese a todo lo cual estuvieron a un paso del triunfo. Y lo habrían logrado si en el justo momento no hubiese llegado la tan malhadada ayuda del General Perón a su amigo, el general presidente. Su cargamento de modernas armas automáticas y selecto personal técnico hizo posible que los cansados, desorganizados y mal armados revolucionarios fueran aplastantemente derrotados a escasos cuatro kilómetros de la casa de gobierno. [107]

En el Hospital Bella Vista, el dolor de la derrota agravó todos los males físicos. Una fatal tristeza copó el ambiente. Varios murieron.

En lo que a mí concierne, aún penando como el peor, tuve que soportar dos consecutivas operaciones quirúrgicas. Y al cabo de unos meses, con las heridas apenas cicatrizantes, me anunciaron mi vuelta al Clínicas, para continuar con la terapia de la columna. Así, nuevamente, llegaba a sala XI, donde, para sorpresa mía, otra vez me tocó la cama seis. Algunos pacientes me reconocieron y yo a ellos. Un hombre apellidado Panamá, de origen Nivacle, revolucionario, herido durante un combate contra la fuerza leal, ya muy poco podía caminar, pero continuaba servicial y dicharachero, ayudando a los compañeros menos capacitados. Atacado de gangrena, sólo el humano aguante le permitía continuar en pie. Me dio noticias de Chiquita: «Ella mejora -me dijo-, ya empezó a dar unos pasos».

¡Cuánta alegría! Pensé que pronto también yo podría caminar, y nos veríamos.

Contento, traté de preparar la moral para afrontar mis próximos problemas. Ese día me repusieron el yeso a fin de que me acostumbrara. Porque -me dijeron-, después de la operación tendría yeso para un largo rato.

Pero el tiempo pasó, desde entonces, sin que de mi caso nadie se acordara. El tal acostumbramiento se me estaba haciendo interminable, hasta que una mañana, ya harto de tanta demora, y aprovechando una recorrida del director de la sala, desde mi postración, lo encaré. Tenía que saber qué pensaban hacer conmigo. Me respondió de mal talante que no iban a operarme porque sí, por operarme; que en mi caso el porcentaje de riesgo llegaba a noventa.

-¿Aceptaría operarse teniendo sólo diez por ciento de probabilidades a su favor? -me preguntó.

Y yo contesté: -Sí, doctor. Opéreme. [108]

Me dominaba la sensación de que, si no me lo hacían, igual me moriría de angustia. Una semana después me hallaba en el quirófano. El trabajo duró seis horas. Consumí ocho latas de éter. Recién a medianoche pude reaccionar. Mi primera impresión fue pavorosa. Tras ninguna de mis anteriores operaciones me había sentido igual. Las tablas de mi lecho eran piedras de sepulcro. El mameluco de yeso, un féretro. Sólo cuando el consciente entró a clarificarse, pude reflexionar. Fue al mismo tiempo que comenzaban los dolores y las arcadas, mis primeros síntomas de vida. Me había salvado. Ningún proyectil ni cosa parecida pudo ser encontrado en las vértebras dañadas. Simplemente se trataba de graves contusiones y fracturas provocadas a golpes de culata. Pero, de cualquier manera, la operación debió ser de suma gravedad, tanto que me sentía dentro del mameluco de yeso como en un cepo triturante. Poco después pude darme cuenta de que tenía los brazos libres. Ya hubiera podido ponerme contento al poder hacer uso de mis manos, al poder tomar un libro, al poder leer y aún escribir. Y el momento llegó. Mis reflexiones al respecto me daban cuenta de que mis funciones sensoriales comenzaban a normalizarse. Todo lo cual era bastante más de lo que hubiera esperado. Ya cerca del alba me dormí gracias a una dosis de morfina, pero tuve una fea pesadilla. Apostaba mi vida en un desesperado juego. Ya la tenía virtualmente perdida cuando un susto provocado por la misma pesadilla causó el sobresalto que me despertó. Y de golpe, gané la apuesta.

Ese mismo día, a la tarde, recibí la visita de mi madre. Pero no fue solamente ella quien se diera cita al hospital. También vinieron mis hermanas, varios amigos y, ¡oh, sorpresa!, las dos hermanas de Chiquita. No faltó alguien, quizá una enfermera de la sala, que les diera la noticia de mi regreso y de la operación a que fui sometido. Y vinieron. Volvió a cobrar sentido para mí la palabra alegría.

También ese día -histórico día- depusieron al general presidente, poniendo fin a una década de funesta dictadura. Sólo que [109] sus derribadores fueron los mismos que lo sostuvieron durante todo el tiempo. Su reemplazante, ideológicamente idéntico, no deseaba otra cosa que tomar su turno y seguir el mismo andamio, aunque con mayor sentido del provecho propio. El cambio, pues, se hizo para que nada cambiara. El país entero lo comentaba en voz baja. De ahí en más, varios mandamases ocuparían la codiciada silla presidencial, sin otra consecuencia práctica que el enriquecimiento veloz de cada uno de ellos a costa de los fondos públicos.

A partir de ese día, de pronto, mis amigas dejaron de venir. La ausencia duró tres semanas, e ínterin se produjeron novedades. Así, sucedió que, terminada la cura traumatológica, nuevamente me pasaron al Bella Vista para controles y el alta posterior.

Así me lo anunciaron. En pocos días más estaría en casa. Eso pensaba yo. Pero el epílogo no había de ser tan breve. Resultó que obtuve el alta un año después, y sin que todavía pudiera caminar. En la casa estaba mi madre. A propósito, para estar cerca de mí, ella había vendido la casa de Villarrica, comprándose otra en Asunción, a pocas cuadras de Clínicas.

Cuando pude dar finalmente mis primeros pasos, había transcurrido un año más con sus secuelas que nunca faltan. Entre tanto, no cesaba de leer y escribir. Había logrado publicar cosas en algunos medios locales. Mi nombre apareció en el Índice de La Poesía Paraguaya. Era mi primer paso trascendente. Luego vinieron concursos literarios y obtuve algunas distinciones. Entonces comencé a recibir visitas de amigos periodistas. Consideré necesario mudarme de casa, ganarme el sustento y comenzar una nueva vida.

Ahora bien, a pesar de mi deseo de contarle todo cuanto antes, debo volver atrás. En tanto a mí me sucedían cosas que en cierto modo alteraban mi existencia, Chiquita había vuelto a la sala XI debido a la localización de más esquiras que aparecían provocando serias infecciones. Quien me lo contó aseguraba que los médicos diagnosticaban gangrena y eran partidarios de una amputación. [110] «Ella prefiere la muerte», me dijo. El padre, muy contrariado, la retiró del hospital, llevándola a un sanatorio privado. Mi informante no supo decirme de qué sanatorio se trataba. Y, al no poder ubicar su paradero, nada más supe de ella.

Pasado un tiempo, y al cabo de muchas vicisitudes, entre las cuales había logrado recuperar la capacidad de caminar, resolví salir en busca del domicilio de aquella que me quitaba el sueño. Me costó mucho encontrarla, pero pude hacerlo. Encontré a Chiquita en plena convalecencia, con una pierna todavía enyesada. La había salvado de la amputación.

-En la próxima semana me quitan el yeso -me dijo feliz.

Yo conocía esa suerte de felicidad por haberla vivido casi a la par de ella. La impresión que recibí al verla después de tanto tiempo y de tanta ansiedad superó en hondura todo lo previsible. Estar junto a ella me produjo tal estado emocional que no pude menos que expresarle enteramente lo que en ese momento sentía. Chiquita se ruborizó. Y de esa extraña manera, como semilla caída en tierra fértil, en lo hondo de aquella emoción compartida, quedó el germen de un secreto romance.

Y el tiempo nuevamente pasó, hasta que un día, encontrándome en mi trabajo, llegó hasta mí un desconocido portador de una invitación. Era de parte de ella. Mi invitaba a su colación de grado. Ese año se recibía de maestra. A pesar de los graves percances, había completado el magisterio. Ni los cañonazos de la dictadura pudieron torcer su voluntad. ¡Oh, auténtica hija del pueblo! En la tarjeta se anunciaba, además del acto académico, una fiesta en la sede social del Olimpia.

Asistí, por supuesto. Compartimos la fiesta del comienzo al final. Y, ya próximos los sonos del «Campamento», hicimos un trato. Como ella viajaría de vacaciones a Villarrica al siguiente día, yo iría después a reunirme con ella. Decidíamos pasar juntos unos días de campo inolvidables. Al sólo pensarlo, comenzaba a vibrar. Aquella escapada nos resarciría de muchos sinsabores pasados y [111] nos reconciliaría con la vida. Esa noche dejamos rubricada una página de nuestra existencia que aún estaba en

blanco. Más tarde la llenaría el destino.

Y bien, olvidaba mencionar algo importante. Entre todos mis avatares, había vuelto a la política, pero no a la política de las acciones públicas ni de las barricadas. Vivíamos bajo férrea dictadura militar, y mi actividad se reducía a periódicas publicaciones, casi inofensivas. Sin embargo, aquel día, el siguiente a la fiesta de colación, promediando la mañana, fui citado al departamento de Investigaciones. Me recibió un obeso de apellido Greno, al que decían «jefe».

-Usted es un comunista -me dijo sin rodeos-. Actuó desde antes del cuarenta y siete. Estuvo mucho tiempo enfermo. Por eso no lo metemos en el calabozo. Pero va tener que salir del país. Tiene veinticuatro horas de plazo. Está notificado. Váyase.

Me extrañó sobremanera la forma asaz benigna en que me trataba. A ningún comunista le dejaban de dar bofetadas y patadas como saludo.

De regreso a mi soledad, pensaba en la mujer de mis sueños. Ella habría partido con el tren de las once. Miré mi reloj: las doce. Ya estaría viajando rumbo al Guairá. Yo, contrariamente a lo previsto, antes de veinticuatro horas habré partido en dirección opuesta. El tiempo útil que me quedaba debía emplearlo principalmente en tratar de vender algunos enseres y libros. Me puse en campaña. Volví cuatro horas después. Hice mis maletas. Finalmente, me senté a escribir. Primero, una carta. Después un poema. Pero, nada triste. No pensaba renunciar a Chiquita por nada del mundo. Mi escrito era la expresión de lo que en mí constituía un designio irreversible. Antes de acostarme despaché un sobre por correo a Villarrica, donde ya ella estaría llegando. Y al día siguiente, antes de cumplirse el plazo, traspuse la frontera. También yo emprendía viaje, mas no de vacaciones, por cierto. Me iba para volver tan sólo cuando cesara la ominosa dictadura. Nadie podía [112] calcular cuánto duraría el mal. En el exilio, al tiempo es mejor olvidarlo, o nos mata.

Se abría, por tanto, un paréntesis insospechado entre nosotros. Desde entonces, varias veces habría de intentar vanamente comunicarme con Chiquita. De tanto insistir sin éxito concluí pensando que ella me esquivaba. En efecto, ser la amada de un conocido marxista era un riesgo indubitable en el país que nos tocaba en suerte. Y así transcurrieron los meses y los años impíamente. Nuestro primer nuevo contacto se hizo posible una eternidad después. Ínterin, otra mujer había entrado y vuelto a salir de mi vida, haciéndome padre de cuatro niños, y dejándome a su paso un dejo amargo en alguna parte del ser. Fue mi madre, que regresaba al Paraguay luego de una breve visita, la portadora de la misiva que había de establecer el nuevo y decisivo contacto entre nosotros. En ella le proponía adoptásemos cada cual un seudónimo, única manera de eludir la muy eficaz censura epistolar de la dictadura.

Entraba enero del año sesenta y cuatro cuando recibí la contestación a mi carta. En ella, Chiquita me anunciaba su propósito de viajar en breve a Buenos Aires, noticia que me llenó de alegría y esperanza. Desde ese momento mis días y mis noches cobraron sentido diferente. Su arribo, ya próximo, había de marcar un cambio rotundo en mi vida.

Y aquello se produjo. Su visita no fue larga pero tuvo ribetes de compartida felicidad. Yo rondaba los cuarenta, mas, en su compañía, regresé a aquella juventud que había quedado trunca para ambos como consecuencia de las atrocidades dictatoriales. Ahora,



esa que pudimos rescatar a pesar de los años, lucía maravillosa.

Al cabo de dos semanas la despedí en el aeropuerto con la firme promesa de regresar a Paraguay pese a quien pese. Esa promesa se hizo urgencia, y en menos de un mes, realidad.

Contra el destino, nadie ni nada puede. Viajé de regreso al país de mis desvelos a pesar de la tiranía que continuaba incommovible. [113] Cuando la brújula es el corazón siempre se encuentra un camino expedito. A veinte días de mi regreso a Asunción, Chiquita y yo nos uníamos. Ni la tenaz oposición de los padres pudo impedirlo. Sin dudas, era ése un final inevitable. Aconteció un día diecinueve de marzo. Dos años y tres meses más tarde nació nuestro primer y único vástago. Y lo llamamos Pablo Dimas.

Así tenía que suceder alguna vez. Aquel día veintinueve de abril del año de la desgracia, cuando ella llegaba a la sala X en brazos de su padre, acribillada de esquirlas, yo me encontraba en esa sala, tabique de por medio, inmovilizado por un mameluco de yeso. Entonces no podía verla, pero, oyendo desde mi inmovilidad su lastimera queja, se me hacía que algo de ese inmenso dolor era parte del mío. [114] [115]

△ ▽

## **El bastón torcionado**

Compra, reparación y venta, rezaba el cartel. Al fondo del salón, el taller. Yo estaba solo.

Lo vi entrar vacilante, enjuto, gris, bastante más viejo que yo. Su cara, la de un extraño, un sospechoso, tal vez un ladrón, me alarmó. Tomé la varilla de hierro torcionado recostada en la mesa del torno. De color casi marrón, daba la impresión de ser madera. Y sus setenta centímetros de longitud por dos de diámetro la convertían en un terrible bastón.

La tomé, simulé renguera y la utilicé para desplazarme hacia la entrada. Mi bastón, sonoro al topar con el piso de mosaico, se delató solo. El tipo se detuvo de golpe. A pesar de su actitud que me parecía agresiva, no avanzó. Obviamente se debía al efecto disuasivo de mi bastón que, en manos de alguien con razones para usarlo contra el cráneo de cualquier mortal, sería capaz de causar un desastre.

-¿Señor, qué desea? -pregunté.

-¡Hola! Vengo a pedir perdón.

-¿Perdón, por qué?

-Yo soy Fontal, aunque no lo parezca -dijo, y salió escapando.

-¡Fontal!



Ese apellido me impactó. Lo tenía en un lugar de privilegio, en mi memoria. Fontal se había presentado un día, treinta años atrás, portando un cartapacio y diciendo ser vendedor de máquinas al servicio de la respetable empresa Manuel Ferreira. Mejor dicho, lo había sido hasta el día anterior, cuando por entredichos con sus patrones, se retiró. Y bien, vino a mi negocio porque [116] deseaba trabar relaciones comerciales conmigo. Pensaba que, con su capacidad como vendedor, su dominio de la plaza, su prestigio, etc..., etc..., él podría promover la prosperidad de mi establecimiento, en beneficio mío, de mis colaboradores y suyo propio... por supuesto. No pretendía sueldo ni viáticos, sólo participación de las ganancias que dejarían las máquinas vendidas por él.

Su propuesta me gustó. Formalizamos un contrato privado que lo incluía como vendedor exclusivo de la casa, con derecho a un porcentaje de las utilidades resultantes de cada balancete trimestral que determinase gastos y beneficios.

Durante el primer mes vendió diez máquinas. Durante el segundo, quince. Todas en cuotas a ser efectivizadas a partir de dos meses, desde la fecha de entrega. Ese sistema, decía, le ayudaba a brindar confianza y facilitar las ventas.

El día veintisiete del segundo mes, viernes, me entregó unas remisiones firmadas por los últimos compradores, diciéndome:

-En la próxima semana empezamos a cobrar.

Y se despidió: «Hasta el lunes».

Pero al día siguiente, a las nueve horas, se presentó azorado y lloroso.

-¡Murió mi padre! -exclamó entre lágrimas-. Murió en Buenos Aires. Acabo de recibir la noticia. Tendré que irme, solamente por una semana...

No dije nada. Sólo quedé pensativo. Me suplicó le diera un adelanto, sólo para los pasajes, suyo y de la señora... A su vuelta haríamos una liquidación parcial, y él devolvería lo prestado. Lloraba. Me conmovió. Tuve que recurrir a mis ahorros. Le entregué cien mil guaraníes.

Hasta allí, todo aparentaba normal. Las sorpresas llegaron pocos días después con los primeros reclamos. Era que las máquinas tenían garantía por seis meses, y cubrirla me tocaba a mí. Eso también parecía normal. Pero he aquí que las primeras máquinas en cuestión no eran de las mías. Fontal las había vendido con [117] boletas de mi casa, eso sí, y con mi garantía. Y, para mayor sorpresa, las vendió al contado. Entonces desperté. Se me abrieron los ojos. Realmente, el amigo Fontal me estaba resultando un gran vendedor. Fui al departamento que ocupaba, por si hubiera vuelto. El departamento se hallaba abierto y abandonado. Había vendido todos los muebles, hasta el último cenicero. Visité al propietario de la casa. Fontal debía tres meses de alquiler, luz y agua, y se fue llevándose las llaves. Salí huyendo, abrumado. Corrí a buscar a los compradores de mis veinticinco máquinas. Todos me exhibieron boletas de compra al contado, con membrete de mi casa, impresas de contrabando. Por supuesto, en cada una constaba la garantía que yo, como propietario, debía cubrir.

Y bien, no hacía falta investigar más. Esas garantías las tenía que afrontar, desde luego. Afortunadamente, sólo duraban seis meses. Y seis meses no configuraban la eternidad. Tuve que olvidarme de las máquinas, de las cuotas que supuestamente debía cobrar, y de mi amigo Fontal, para siempre.

Ahora, treinta años después, increíblemente, estaba de vuelta. Llegó, pues, tan súbitamente, que al verlo entrar lo confundí con un vulgar asaltante, grave error de mi parte, ya que tan vulgar asaltante, Fontal no lo era. Por su singularidad merecía ser reconocido aún en su achacosa vejez. Al notar la inconfundible función confiada a mi instrumento de hierro torcionado, salió del local como escupido. Lo seguí, lo llamé, pero había alcanzado la esquina, y se encaramó del primer colectivo que partía.

Algún tiempo después, me enteré que se hallaba internado en el Hospital de Barrio Obrero. Llevado por no sé qué sentimiento, me apresuré a buscarlo. Me dijeron que había sido trasladado al Hospital del Cáncer. Eso estaba lejos, en el interior. Pero una rara inquietud me obligaba, y un día tuve que ir allá. Cuando llegué, Fontal se había muerto. La jefa de la sala me dijo que por no tener familiares, la Municipalidad se encargó de sus restos. Me dijo, además, que en la Dirección del Hospital había un paquete que [118] Fontal dejó para ser entregado a quien viniera a preguntar por él. Lo recibí. Y ya en camino, roído por la curiosidad, lo abrí. Allí estaba el viejo cartapacio que yo conocí hacía treinta años, y dentro, envueltos en papel de diario, había dos talonarios de venta al contado, apócrifos, uno de ellos a medio usar, trescientos pesos nuevos argentinos, y una nota dirigida a mí, que decía: «Señor, gracias por su perdón. Fontal». [119]



[120] [121]

## Una noche en el exilio

Eran los años posteriores a la derrota. La represión era a muerte. Arreciaban los saqueos. La vida en la clandestinidad y el ulterior destierro acabaron despojándonos de todo, absolutamente de todo, tal el avieso designio de los vencedores. La situación de mi familia y la mía no podrían tener comparación.

Al segundo año del penoso exilio se nos presentó el anuncio de un nuevo nacimiento, el de nuestro cuarto hijo. Yo continuaba sin trabajo. Si lo encontraba, no me aceptaban por carecer de cédula argentina. De las changas, tan esporádicas, sólo obtenía migajas. Al no poder afrontar un alquiler, habíamos decidido ocupar un predio baldío que estaba en venta, y clavar allí la vieja carpa que, por suerte, habíamos traído del Paraguay. Luego pasaron los meses, y las presiones de la empresa vendedora se acentuaron, viéndome obligado finalmente a prometer en firme la compra del terreno y el primer pago ni bien comenzaba a trabajar. A regañadientes, me consintieron, tal vez sólo porque se vivía una época en que nada se vendía salvo que fuera a largo plazo, y a los ocupantes de un baldío no se los podía expulsar sin antes reubicarlos. Lo determinaba una ley justicialista para bien de los sin techo y fastidio de los propietarios.

En la empresa inmobiliaria me concedieron una gracia de tres meses a cambio de mi promesa de compra por escrito. De paso me informaron acerca de una fundación que otorgaba ayuda a exiliados políticos. Y allá me presenté. Conseguí chapas de fibrocemento y maderas para armar una habitación precaria. Me dieron, además, noticias sobre un posible trabajo en cierto alejado lugar de la provincia. Tomé nota. No me importaba lo lejos que estuviera. [122]

De inmediato fui a buscar los materiales. Los retiré de a poco, transportándolos a hombro y utilizando subrepticamente los estribos de los vagones ferroviarios. En una semana, armada la habitación, saqué a mi familia de la inmunda carpa.

No teníamos cama, ni mesa, ni sillas. El piso era de tierra sin aplanar. Pero ya teníamos techo.

Salí en busca del trabajo que me anoticiaron. Era en Boulogne Sur Mer, a noventa minutos de viaje. Y esta vez lo conseguí. Por lo menos, conseguí que me pusieran a prueba. Ésta me tomó el día entero. Recién hacia las nueve de la noche estuve de regreso, llegando a casa en el momento justo en que a mi mujer le comenzaba el trabajo del parto. Sin atinar qué hacer, corrí hacia el vecino más cercano, distante cuatro cuadras, a través de baldíos y baldíos. El hombre de la casa me dijo que el único servicio de maternidad más próximo estaba a una hora de viaje, en Adrogué. Volví junto a mi mujer cuando ya el feto por momentos se hacía visible y aparentemente pronto a nacer. La madre daba gritos desesperados. Sin pensar más, me arremangué, prendí el Primus, puse una lata grande con agua al fuego, y me dispuse a emprender la función que jamás había soñado. Alguien debía hacer de partero. Alguna noción tenía, alguna intuición acaso, algo aprendido tal vez de los animales que había visto parir allá lejos, en mi aldea natal.

En medio de la desesperación, pude darme cuenta que cuando la pobre madre pujaba, no

era la cabeza del feto la que se hacía visible sino su nalga. ¡Dios mío! ¡No podría nacer jamás! Y de repente, ¡zas! Se me hizo la luz. Bien tendidos los dedos, introduje con sumo cuidado las manos por ambos lados de la nalga que se entrevía. La madre ya no tenía voz. Gritaban los niños al otro lado de la improvisada cortina. Estaban traumatizados por el drama que vivíamos.

Traté de asir al feto por las ingles, pero tanta viscosidad me obligó a desistir. Entonces, perdido por perdido, y no quedándome [123] otro remedio, tomé una toalla, me enguanté con ella, y así, con toalla y todo introduje de nuevo las manos, cacé al feto y, ahora sí, lo arranqué del cuerpo de la madre como un rojo tapón. En ese momento sentí un crujido en la espina dorsal del niño que me vibró entre las manos y me produjo una punción en el cerebro. Estaba casi seguro de haber matado a mi hijo. La madre no se percató. Ella se había desmayado. Pero no pude auxiliarla. Tenía que asegurarme de si el niño realmente había muerto, y me aferré a él. Y digo al niño, porque era varón. No podía respirar ni llorar. Le quité con la toalla el semilíquido viscoso que le cubría el pequeño rostro, le liberé la nariz y la boca, lo icé de las piernas, le di una fuerte palmada en la espalda, ¡y ahí pegó un alarido! Sufrí un ataque de risa y llanto al mismo tiempo. Mis demás niños, impresionados por el grito del bebé, cesaron de llorar y gritaron de contentos. La madre, creo que gracias a tanta bulla, despertó del desmayo y lloraba, lloraba de alegría y dolor.

No sé cómo hice para cortar el cordón umbilical y si lo cautericé, pero creo haberlo hecho. El niño estaba libre de cordón, y vivo. Mi satisfacción era completa. Inexplicablemente, no sobrevino hemorragia.

Esa tragedia en una fría noche de exilio, huérfanos de toda solidaridad, como perfectos animales, había de marcarnos para siempre. Tan crudo episodio en las condiciones que lo soportábamos, me indujo a pensar en el regreso a la patria sea como fuera. Aun en la cárcel de la dictadura, difícilmente la vida había de ser peor que esa que veníamos pasando en el exilio. Así pensaba en aquella crucial coyuntura.

Acababa de nacer mi cuarto hijo. Tres de ellos nacieron en la clandestinidad; el cuarto, en el destierro. Pero el propósito de volver a la tierra natal «sea como fuera», tal se me ocurriera esa noche, no habría de ser posible por mucho tiempo. Los niños dejarían de serlo y harían su vida, ésta sí «sea como fuera», hasta llegar a la mocedad y cada cual pelear por su propio destino, esto también «sea como fuera». [124]

Ojalá, en el futuro, nunca más tenga lugar una noche como aquella en un exilio como aquél. Ojalá los paraguayos nunca más destruyan su imagen destruyendo la vida del hermano sólo por ser parte de un partido de color diferente, o por elegir, para la vida de la sociedad, caminos diferentes.

Ojalá, pese a que el exilio no termina en la simple saña política y subsiste en la búsqueda, tras las fronteras, de una vida más justa y más humana, disminuya por lo menos su efecto tan destructivo y deformante, y alguna vez la justicia deje de ser sólo una figura demagógica que decora discursos oportunistas y malintencionados. [125]



[126] [127]

△ ▽

## Ña Lujarda Aguirre, maestra de Paso Pé

Una empinada y larga barranca había quedado en el lugar de la antigua pendiente que orillara la Loma Verde hacia el arroyo Paso Pé. Por el nivel más bajo corría la carretera construida a viva fuerza por prisioneros bolivianos, con la custodia de adultos fusileros, durante la triste guerra. Sobre el borde superior de la barranca, entre rala vegetación salvaje, veíanse blancas cruces, señal, según decires, de que por allí habrían perecido anónimos cautivos, a consecuencia de males endémicos o del duro trabajo forzado, o quizá de los malos tratos padecidos hasta que los sobrevivientes fueran repatriados años después. Veíase, además, una hilera de rústicas moradas, techumbres de paja y paredes de barro, rodeadas del típico sembradío doméstico. De media altura de la barranca surgían numerosos manantiales de agua cristalina y fresca, que luego cubría la carretera, formando en su recorrido remansos y remolinos, hasta confluir con el Paso Pé. En el agua crecían llantenes, gramillas y agriales, y habitaban avecillas de zancos amarillos, pico rojo y alas azules. Niños oscuritos y desnudos, bañados de lodo rojo, las perseguían.

En una de esas moradas asomadas en lo alto, con patio de pasto natural, viejos árboles y chacra plantada de mandioca, maíz, sandía, plátanos y naranjos, vivía Ña Lujarda, la maestra de Paso Pé. Ella refería la historia de aquellos bolivianos, protagonistas obligados de una guerra injusta. «Hombres humildes y sumisos», decía la maestra; simpatizaban con los niños que llegaban hasta el borde de la ladera para curiosear; les hablaban en aimará o en quichua, o les hacían señas por si pudieran ellos entender el hambre que sufrían; y si acaso los chiquillos les tiraban trozos de [128] mandioca o

batata, los prisioneros les regalaban en cambio una sonrisa triste, como diciendo ¡gracias!, o les regalaban algún juguete de cartón que ellos mismos fabricaban, tal vez pensando en los niños, en sus momentos de ocio. Los prisioneros, bastante numerosos, solían repartirse entre todos el poquísimos comestible, y así sólo les alcanzaba para sentir el sabor. Pero sonreían agradecidos, y en esa sonrisa mostraban su alma tiernamente humana, que la guerra no había logrado destruir.

Los árboles y la chacra de Ña Lujarda prosperaban a fuerza de pulmón, pese a los pedregullos y toscas, porque ella los cuidaba con amor. Era la maestra, sí, sin estudio académico ni formación docente, pero con una vocación que llegaba al heroísmo. Su sabiduría la debía a la naturaleza, a esa tierra que le daba la vida que ella vivía compartiendo. La había aprendido, además, de experiencias ajenas y propias acumuladas a lo largo de sus muchos años laboriosos y serviciales. Dominaba su rudo método, la repitiente repetición, que le permitía a ella y sus discípulos aprender quiérase o no. Repetir hasta que se fije la materia, incesantemente, isócronamente, como el trino del chochí que nunca cesa, como el pertinaz latir de su pecho ferviente. Pocos útiles didácticos precisaba Ña Lujarda. Largas costaneras de serrería casera servían de asientos y pupitres; una puerta de la propia vivienda, fuera de uso y pintada al alquitrán, hacía de pizarrón, y siendo su espacio bajo techo asaz reducido, un frondoso yvapobó le brindaba el aula propicia. Y como en esos tiempos no había necesidad de tantos papeles, lo más práctico, eficaz y económico resultaba ser la pizarra. Sin embargo, no era que Ña Lujarda aborreciera el papel. Ni bien caían en sus manos algunos billetes corría a comprar libros. Los leía deletreando, pero los leía. Captaba a su manera los temas y sus motivaciones, y ya, de prisa, procuraba trasladar lo asimilado a las lerdas entendederas de sus escueleros. Mas, no sólo utilizaba lo obtenido de esas lecturas casi misteriosas. También aplicaba una suerte de cuadros sinópticos muy a su estilo. Un [129] ejemplo, el enfoque del cuerpo humano y sus partes, nombrándolos y haciendo que los nombraran en coro y a plena voz, en castellano y en guaraní. Después de unos diez repasos, ya todo el vecindario lo había aprendido:

-¡Néique, lo mitá, ¿mba-éicha jhera ñande acá? -preguntaba la maestra.

-¡Cabeza! -contestaba el coro.

-¿Nande yurú?

-¡Boca!

-¿Ñande jyvá?

-¡Brazo!

-¿Ñande ryé?

-¡Panza!

-¿Ñande retymá?

-¡Pierna!



-¿Ñande rebí?

-¡Culo...!

La alegre hilaridad en que acababa la curiosa práctica coral amenizaba considerablemente el aprendizaje y ayudaba a fijarlo con seguridad.

Si Ña Lujarda no lograba aplacar los ánimos a veces un tanto ariscos de sus educandos, pues contaba para esos casos con varios folklóricos recursos. Primero, el puntero, una varilla de madera siempre al alcance de la mano, que, aplicada con sabiduría desde cualquier distancia a la cabeza del exaltado, en general, era suficiente. Si no, un horno de adobe calcinado, con cavidad para cualquiera de los muchachotes, estaba destinado, además de su función culinaria, a darles escarmiento por un tiempo prudencial, por lo menos hasta la hora de salida, la cual todos los vecinos conocían por el toque sonoro y algo místico que emitía una olla de hierro colgada de las patas. Para los casos de indisciplina reiterada, la maestra tenía previsto un castigo mayor, a la vez ejemplar y provechoso. La chacra demandaba permanentemente mano de [130] obra. Dos o tres sesiones de carpida o corpida según la época, bastaban para doblegar la rebeldía de cualquiera. Pero aún quedaba otro castigo, éste para los incorregibles. La maestra poseía entre sus naranjos unos cuantos cajones de rubias abejitas productoras de rica miel, mas trabajar con ellas era el infierno. Nombrarlas solamente, a veces era bastante.

A Ña Lujarda no se le conocía pareja marital, aunque sí tenía una hija, no muy joven ni tan linda, pero que estudiaba magisterio, y eso la destacaba en Paso Pé. Se la apodaba Nena Kyrá, por la robustez de su cuerpo y su cara redonda y rubicunda. La nena no se mostraba muy apegada al estudio. Más bien se la veía en horas de clase prendida como garrapata del abdomen de cualquier tipo joven o maduro, en cualquier ladera o rincón de los alrededores. A ella, la sacrificada y hasta meritoria función de su madre la tenía sin cuidado. Pero un día sorprendió a todos al ser vista muy del brazo con el maestro Acosta, director de escuelas de la zona. La gente sufrió algo como un chasco, quizá cierto sentimiento de culpa por haberla malconceptuado todo el tiempo. Pronto, sin embargo, la estudiante se embarazó y desapareció de Paso Pé. Las lenguaraces difundieron la especie de que el maestro la llevó de concubina a la capital.

Entre tanto, Ña Lujarda perseveraba con su puntero, su horno, su chacra y su docencia repetitiva y reidera que tanto gusto daba a los niños ya no tan niños de aquel tiempo y lugar.

En vacaciones -porque también ella las daba-, se dedicaba a los cultivos. Las sandías, choclos y melones que producía eran buenísimos. La gente del lugar los prefería. Pero, como en todas partes, no faltaban los que pretendieran aprovecharse de su soledad y robarle sus frutos. Para ellos, Ña Lujarda tenía preparada un arma poderosa y certera, un arco hecho por ella misma con hilos de mbocayá y palo fresco de arazá. Con él arrojaba bодоques enormes, lisos y brillosos, de arcilla roja. Y guay si alguien la provocaba. Un bodocazo de cincuenta metros le dejaba un chichón en la cara que lo delataba por varias semanas. [131]

La gente que pasaba por la carretera, viéndola trabajar sin descanso, incluso en las noches y los domingos, la reprochaban diciéndole:



-Ña Lujarda, Ñandeyára co se va enojar con usté si sigue trabajando los domingos y fiestas de guardar...

-Más se va enojar -contestaba ella sin dejar la azada- si en lugar de trabajar ando robando por las chacras ajenas...

-Dios co hizo el domingo para rezar, Ña Lujarda...

-Para rezar, es claro, pero también para comer y para divertirse un poco, y yo pa sabé, me divierto bastante trabajando, mucho más que ustedes que solamente rezan...

Al final la dejaban. Ella tenía pronta la respuesta para todo. No se la podía ganar.

Cuando se puso muy anciana, y Paso Pé se había hecho un amplio barrio, recién entonces la escuelita que dio las primeras letras a numerosas tandas de chicuelos a la sombra del yvapobó, silenció la voz de su campana de hierro. Alguna gente más caracterizada había gestionado la creación de una escuela de verdad, presupuestada y todo. A partir de ahí, a Ña Lujarda se la fue olvidando. Hoy nadie la recuerda. Las nuevas generaciones no la conocen. Pero hay que reconocer que en su momento fue la única maestra de Paso Pé.

Hay monumentos que faltan, ¿verdad?

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**